

sensible que su existencia aún era ignorada de aquellos á quienes debían haber convertido: los Galos permanecieron siendo paganos hasta el siglo IV (1). A la poderosa influencia de los monjes es á la que se debe la destrucción del paganismo en el Occidente; los monasterios, diseminándose en los campos, se convirtieron en focos de una activa y victoriosa propaganda (2).

La España pasa por una de las primeras conquistas del cristianismo. Dicese que *Pablo* llevó á ella el Evangelio. La leyenda del apóstol *Santiago* es una de las más maravillosas de la poesía cristiana: ella trasformó al pacífico pescador en hombre de guerra, y le hizo cargar á los Moros en muchas batallas á la cabeza de la caballería española. Estas empresas son celebradas por los más graves historiadores (3). Pero investigaciones minuciosas han probado que en el siglo IV los pocos fieles de la Península no tenían aún Iglesia. Los habitantes estaban de tal manera imbuidos en el paganismo, que permanecieron adictos á él después de su pretendida conversión: se veían cristianos coronados de flores que hacían sacrificios á los ídolos y hasta aceptaban las funciones sacerdotales (4).

La Iglesia de Africa ha sido ilustrada por *Tertuliano* y *Cipriano*; pero el poder de la antigua religión resistió á la influencia de la elocuencia y del martirio. En ninguna parte se practicaron con más ardor los sortilegios, la adivinación y la magia. La superstición era allí una pasión furiosa: ¡los cristianos á los leones! Tal era el grito con que el populacho respondía á las palabras de paz y de caridad de los misioneros.

En presencia de esta tenacidad de las antiguas creencias se concibe que los emperadores, aún después de abrazar la nueva fe, hayan retrocedido ante una guerra abierta. La sociedad exteriormente permanecía pagana: los Césares cristianos eran soberanos pontífices del paganismo; los cónsules hacían sacrificios en el Capito-

(1) SULPIC. SEVER., *Vita Sancti Martini*, c. 10: *Ante Martinum, pauci admodum, uno paene nulli in illis regionibus Christi nomen acceperant.*

(2) Martín fué el verdadero apóstol de las Galias (GREGOR. TURON., I, 39.—SULPIC. SEVER., *Vita Martini*, c. 10-14).

(3) MARIANA, *Historia de España*, lib. VII, c. 13.

(4) *Concilio de Elvira* (313), can. 1-3.

lio; el pueblo se entregaba á las fiestas y á los juegos establecidos en honor de los dioses. Sin embargo, el apoyo de los jefes del imperio fortificaba el cristianismo y extendía su poder. La contradicción entre un Estado pagano y una sociedad cristiana no podía subsistir; llegó el momento en que el ardor de la fe se sobrepuso á los cálculos de la prudencia política. Constantino había dado la paz á la Iglesia proclamando la libertad religiosa (1). Pero la libertad no satisfacía á los cristianos ardientes; apenas tolerados se levantaron contra la tolerancia y reclamaron á grandes gritos la destrucción del paganismo. La obra de *Julius Maternus Firmicus* sobre el error de las religiones profanas es el atrevido manifiesto de estos votos y de estas esperanzas. Traza un cuadro horrible de la religión pagana, de sus templos, que compara á las tumbas; de sus altares, que son indignas hogueras; y, por último, exclama dirigiéndose á los hijos de Constantino: «Sacratísimos emperadores, cortad en lo vivo semejante escándalo, destruidlo enteramente, oponedle el rigor de las leyes para que el error de esta superstición no manche por más tiempo al mundo romano.»

Estos consejos violentos tuvieron poca acogida en los primeros Césares cristianos. Un emperador, cuyo nombre es apenas conocido, fué el que inauguró un sistema abiertamente hostil al paganismo. Graciano era el instrumento de un hombre que, al ardor de la fe, unía el genio dominador de la raza romana: bajo la inspiración de *Ambrosio*, el joven príncipe despojó al antiguo culto de las prerrogativas de que aún gozaba como religión del Estado. Cuando el Senado vió desaparecer del lugar de sus sesiones la estatua de la Victoria, cuando vió á los pontífices y hasta á las Vestales privados de sus antiguos honores, fué á llevar sus quejas y sus dolores al pié del trono. Constantino y sus sucesores habían conservado el título de soberano pontífice. El colegio de los grandes sacerdotes fué á presentar el traje pontifical al emperador; Graciano lo rehusó diciendo que semejante ornamento no sentaba bien á un cristiano (2). Esto era romper con la antigua sociedad

(1) El edicto de tolerancia de Constantino equipara á todos los cultos; cada uno es libre de practicar aquel que considere como el mejor (NEANDER, *Geschichte der christlichen Religion*, t. II, 1, p. 25).

(2) ZOSIM., *Hist.* IV, 36.

y abrir un mundo nuevo, en el cual el cristianismo debía dominar como señor exclusivo.

El paganismo era rechazado; bien pronto fué perseguido. Teodosio le prodigó el desprecio y el odio. Cuando subió al trono, los habitantes del imperio gozaban aún, dicen los historiadores paganos, de la libertad de frecuentar los templos y de apaciguar á los dioses con los ritos nacionales; ocho años más tarde (1) el ejercicio del culto antiguo fué asimilado á un crimen de lesa majestad. El cristianismo había encontrado en la persecucion un elemento de vida y de poder; el paganismo no tuvo mártires. Sin embargo, las antiguas creencias habían conservado partidarios, no sólo en el seno de las masas ignorantes y supersticiosas, sino en inteligencias elevadas y en corazones puros; no trataron de combatir la religion victoriosa; se contentaron con pedir para los dioses de sus antepasados la libertad que Constantino había concedido al culto de un dios nuevo. Uno de los bellos caracteres del paganismo espirante fué el órgano de estos humildes ruegos. *Simaco*, el último orador de la Roma pagana, pidió el restablecimiento del altar de la Victoria. Representó á la Ciudad Eterna, cargada de años, dirigiéndose al emperador: «Excelentísimo príncipe, padre de la patria, respetad los años á que la piedad me ha conducido: dejadme guardar la religion de mis antepasados. No me arrepiento de haberla seguido. Mi culto ha puesto al mundo bajo mis leyes: mis sacrificios han alejado á Aníbal de mis murallas, y á los Galos del Capitolio. ¿He vivido, pues, tanto tiempo para ser insultada al fin de mi larga carrera?» (2).

*Simaco* encontró un adversario ménos elocuente que él, pero que hablaba en nombre de la verdad. *Ambrosio* niega que los falsos dioses de Roma sean la causa de sus victorias, porque los vencidos, dice, adoraban á los mismos dioses; el valor de las legiones es el que lo hizo todo. El orador cristiano insulta al paganismo que espira, porque se le priva de sus rendimientos y se prohíben

(1) 8 Noviembre 392. L. 12. *C. Th.* XVI, 10.

(2) *SYMMACH.*, *epist.* X, 54 (Traducción de CHATEAUBRIAND, *Estudios históricos*).

sus ceremonias; opónele con orgullo el cristianismo, que encuentra la riqueza y el poder en la miseria y en los suplicios (1).

Dos sociedades se hallaban frente á frente: el pasado y el porvenir. Sin entrar en la discusion de los dogmas, *Simaco* invocaba el respeto de las tradiciones, tan poderoso en la antigua constitucion romana. El obispo de Milan siguió á su adversario en este terreno, y opuso atrevidamente la idea del progreso á la de la inmovilidad: «Dicen los paganos que es necesario conservar la fe de nuestros antepasados. ¿Pero no va mejorándose todo? El caos ha precedido al mundo, las tinieblas han precedido á la luz; la tierra nueva, despojándose de sus húmedas sombras, se sorprendió de la novedad del sol. El hombre no supo en un principio cultivar el suelo; el año comienza por ser estéril; despues vienen las flores y los frutos. Digan, pues, los partidarios de lo pasado que todo ha debido estacionarse en su origen; que el mundo, envuelto primitivamente en las tinieblas, les desagrade desde que el esplendor del sol lo ilumina. Pero aún es más agradable el haber disipado las tinieblas del alma que las del cuerpo. La luz de la fe ¿no es superior á la del sol? Así, pues, el mundo cambia como todas las cosas. Aquellos á quienes disgustan estos cambios deben acusar á la mies porque viene al fin del año; deben acusar á la oliva porque es el último de los frutos.» Se ve que la causa del progreso se hallaba en el fondo del proceso que se ventilaba delante del emperador *Valentiniano II*; desde aquel momento no podía ser dudosa la victoria.

Los cristianos han querido honrar á *Teodosio* atribuyéndole la orden de demoler los templos (2). Aunque fué «ménos emperador que servidor de Dios» (3), no se hizo culpable de este acto de intolerancia salvaje; los monjes hicieron lo que un legislador jamás hubiera podido ordenar. Conducidos por *hombres vestidos de negro*, los fieles se encarnizaron en la demolicion de los monumentos de la idolatría; los paganos tomaron las armas para la defensa

(1) *AMBROS.*, *epist.* 17 y 18 (t. II, p. 824 y sig.). Se encuentra el análisis de las Memorias de *AMBROSIO* en *CHATEAUBRIAND*, *Estudios históricos*, y en *VILLEMMAIN*, *Cuadro de la elocuencia cristiana*, p. 532-543.

(2) *THEODORET.*, *Hist. Eccl.* V, 21.

(3) *PAULIN.*, *epist.* 9.

de sus dioses. Entónces la lucha intelectual de Simaco y de Ambrosio se cambió en lucha brutal. La historia ha conservado algunos rasgos de esta guerra de nuevo género. Tan fanáticos como las masas, los obispos se pusieron á la cabeza del populacho cristiano. *San Marcelo* condujo una tropa de gladiadores al ataque de un célebre templo de Júpiter; como el edificio resistiese por su solidez, emplearon el fuego. La destrucción del magnífico templo de Serapis en Alejandría es célebre. Los paganos sostuvieron allí un verdadero sitio; fueron animados á la defensa por Olimpios, filósofo de una elocuencia divina y de una belleza admirable; se decía que estaba lleno de Dios y que tenía algo de profeta. Dos gramáticos combatían bajo sus órdenes. La victoria quedó á favor de los cristianos, pero fué sangrienta (1). Aquellos filósofos, aquellos gramáticos que toman las armas para defender los santuarios de los dioses, son una imágen fiel de la lucha que perturbaba el mundo. La civilización antigua peligraba y fué vencida con sus divinidades.

La cultura helénica que se hunde presta un encanto de tristeza á las quejas de Libanio sobre la destrucción de los templos: «Los unos trabajan en esta obra con la madera, la piedra, el hierro; los otros emplean sus manos y sus piés. Se hunden los techos, se minan los muros, se arrebatan las estatuas, se derriban los altares. De una primera expedición se corre á una segunda, á una tercera. ¡Hé aquí lo que ocurre en las ciudades; en las aldeas es aún mucho peor! Allá se dan cita los enemigos de los templos; se dispersan, se reúnen en seguida y se cuentan sus hazañas; se avergüenza cada cual de no ser el más criminal. El campo, privado de templos, está como sin ojos. Los templos son la vida de los campos; á los templos confía el labrador su mujer, sus hijos, sus bueyes, sus mieses. Nuestros perseguidores se figuran que por sus violencias nos llevarán á la práctica de su religión; se engañan; aquellos que parecían haber variado en su culto permanecen tales cuales eran. En materia de religión, dejad todo á la persuasión, nada á la fuerza. ¿No tienen los cristianos una ley que dice:

(1) SOCRAT., *Hist. Eccl.* v, 16.—FLEURY, *Hist. Eccles.*, lib. XIX, § 28.—GIBBON, c. XVIII.—CHATEAUBRIAND, *Estudios históricos*.

Practicad la dulzura, tened horror de la violencia? ¿Por qué, pues, os precipitais con tanto furor sobre nuestros templos?... » (1).

No simpatizamos con el paganismo; pero las angustias de nuestra época nos hacen compadecer los dolores que sufre una civilización que se hunde. Cuando tiene lugar una de estas grandes revoluciones que conmueven la sociedad hasta en sus fundamentos hay como un desgarramiento en las almas; se dividen entre el sentimiento de lo pasado y la aspiración del porvenir. No hay tiempos más amargos. ¡Sirva el espectáculo del cristianismo, levantándose sobre las ruinas de la sociedad pagana, para sostener nuestro valor! Nada de lo que es grande y bello perece. La antigüedad ha legado á la humanidad moderna uno de los elementos de su civilización. De las ruinas que se acumulan en derredor de nosotros surgirá también una nueva religión, que tomará de lo pasado lo que le quede de vida, pero vivificando las almas con nuevo rayo de la Luz Eterna.

*Libanio* tenía razón al decir que la violencia no convertía á los paganos; los templos se hundían, pero el paganismo quedaba de pié. La legislación fué completamente impotente. Los decretos de Teodosio no alcanzaron al Occidente, no fueron observados ni aún en la capital de su imperio; los paganos llenaban todavía los templos de Constantinopla. Crisóstomo tronó en vano contra los fieles que frecuentaban estos espectáculos profanos; los discípulos de Cristo continuaron confundiendo en ellos con los adoradores de los falsos dioses (2). Honorio extendió la prohibición del culto antiguo al mundo occidental (3). Pero el paganismo encontró en los intereses y en el poder de la aristocracia romana un apoyo que la legislación no le pudo arrebatarse. *Jerónimo*, testigo de la idolatría y de los vicios de la Ciudad Eterna, dice que ésta era la *Babilonia y la mujer prostituida del Apocalipsis*. Roma murió pagana. El temor de los Bárbaros volvió á reunir á sus habitantes al pié de los ídolos: el prefecto llamó á los arúspices toscanos, y el último de

(1) LIBAN., *pro templ.* (t. II, p. 164 y sig., ed. Reiske), traducción de CHATEAUBRIAND, *Estudios históricos*.

(2) CHRYSOST., *Homil. VII in cap. I Genes.* (t. IV, p. 49, B.).

(3) BEUGNOT., t. II, p. 10 y sig., 53 y sig.

los cónsules resucitó las ceremonias augurales el día de su instalación (1). Al fin del siglo v, senadores que hacían profesión de cristiano decían públicamente que la causa de las enfermedades que afligían á la ciudad era que no se apaciguaba al dios Februnus; pidieron el restablecimiento de los juegos lupercales. El papa Gelasio se vió obligado á combatir á estos pretendidos fieles, que no eran ni cristianos ni paganos (2).

En el siglo v la Italia era aún pagana. La Etruria producía siempre augures y adivinos (3). En el Mediodía de Italia, el helenismo tenía tanta vida que sobrevivió á la invasión de los Bárbaros. La Cerdeña no se convirtió hasta el fin del siglo vi, gracias al celo de Gregorio el Grande (4). Máximo, obispo de Turin, se creyó obligado á escribir un tratado contra los paganos (5).

Si la destrucción del paganismo halló tantos obstáculos en Italia, residencia de los emperadores, ¿qué debía suceder en las provincias en que, en medio de la confusión de una decadencia general, eran apenas conocidas las leyes? La Bretaña continuó siendo pagana hasta la caída del imperio (6). La Galia presenta un espectáculo singular en el siglo v. Para luchar contra la invasión del cristianismo, parece que los druidas salen de sus tumbas. No hay santo que haya gozado de una autoridad semejante á la del archidruida Merlin; se le reverenció como á un sér sobrenatural llamado por los dioses á la participación del poder celeste. Las clases elevadas no eran cristianas sino en apariencia; conservaron hasta en los horrores de la invasión la frivolidad que caracteriza á los adoradores de los ídolos.

El mismo espectáculo en Africa. En ninguna parte contaban

(1) Véanse los pasajes citados por FLEURY, libro XXII, § 21.

(2) GELAS., *Papa adv. Andromachem Senatorem, ceterosque Romanos, qui Lupercalia secundum morem pristinum colenda constituebant* (MANSI, *Concil.* VIII, 95-101).

(3) En el siglo vi, los habitantes de la Etruria se dedicaban aún á la adivinación (PROCOPI., *De bello goth.*, IV, 21).

(4) FLEURY, *Hist. Eccl.*, lib. XXXV, § 37.

(5) MAXIMI TURONENSIS *Opera*, p. 722 (*Roma*, 1784).

(6) Aun hoy se encuentran vestigios de todos los cultos paganos en Inglaterra, y no se descubre la menor traza del cristianismo que date de la época de la dominación romana (*Edinburgh Review*, July, 1851, p. 190).

los antiguos dioses defensores más fanáticos que en Cartago (1). La superstición tenía allí tanto poder, que invadió aún á los fieles: vióse á los cristianos volverse á los altares de los ídolos.

Los Bárbaros se aproximan, y la lucha entre el paganismo y el cristianismo no está terminada. Vinieron, como terribles auxiliares de los designios de Dios, á barrer las creencias de la antigüedad. Insistimos sobre este hecho, porque ofrece más de una enseñanza para los hombres del siglo XIX. Si se escucha á los católicos, todo es milagroso en el establecimiento de su religión; se diría que basta á la buena nueva darse á conocer para disipar las tinieblas, de la misma manera que el sol disipa las nieblas. Estos imprudentes apologistas no advierten que comprometen la revelación apoyándola sobre hechos falsos ó alterados. Después de cinco siglos, el cristianismo no había vencido aún al gentilismo; sin embargo, tenía á su favor el heroísmo de los mártires, el poder de los emperadores, el fanatismo de los monjes y las violencias del populacho. Si realmente es revelada la religión cristiana, es bien difícil explicar esta impotencia. Pero colocándose en el punto de vista de la realidad, nada es más natural. El paganismo era más bien un elemento de la civilización greco-romana que una religión; se confundía con la antigua sociedad, no cayó sino con ella. En cuanto á los enemigos del cristianismo están cegados por el odio, como sus defensores lo están por sus preocupaciones. En la impaciencia que les causan la tenacidad de las supersticiones cristianas y el obstáculo que oponen al progreso, apelan á la acción de las leyes para poner fin al culto de lo pasado (2). ¡Singulares apóstoles del progreso! No observan que retroceden hasta la antigüedad é ignoran que la antigüedad ha sucumbido empleando la fuerza contra las creencias religiosas. Los Césares paganos tenían á su favor la legalidad romana y la voluntad nacio-

(1) En Africa como en Italia, las clases superiores habían quedado adictas al culto de los ídolos. Los cristianos derribaron una estatua de Hércules en Sufecta, colonia romana. Los paganos, y entre ellos los principales de la ciudad, se lanzaron sobre los enemigos de los dioses y los asesinaron. Véase la carta de AGUSTIN á los magistrados de la colonia (*epist.* 50. Las cartas 90 y 91 refieren rasgos semejantes).

(2) QUINET.

nal; sin embargo, oscuros mártires triunfaron de la omnipotencia imperial. Los emperadores cristianos no escasearon las leyes; sus persecuciones y sus seducciones fueron igualmente impotentes. ¿Había necesidad de enseñar á los hombres del siglo XIX que las religiones no se destruyen con la violencia? No ceden sino ante una fe nueva; y aún no desaparecen completamente; el pasado deja siempre una herencia al presente y al porvenir.

El cristianismo no salió completamente vencedor de los largos combates que libró con la antigüedad. En el siglo XVI los reformadores echaron en cara con acritud al catolicismo los usos y ceremonias que había tomado de los paganos. Estas acusaciones no tienen en cuenta las leyes que presiden al desarrollo de la humanidad. El cristianismo es un producto de la civilización antigua; le era imposible romper enteramente con una sociedad que le había servido de cuna. En el dominio de la doctrina se enlaza por una filiación directa con las religiones y con las filosofías del Oriente y de la Grecia; en vano reivindica un origen divino; no puede rechazar los dogmas de la antigüedad que han entrado en su teología. Sucede lo mismo con el culto. El cristianismo, en su pureza ideal, no estaba nada en armonía con las supersticiones y la ignorancia de los paganos y de los Bárbaros. Para pueblos formalistas era necesario un ceremonial exterior que hiriese los sentidos. La Iglesia tomó de los Romanos el aparato pomposo de sus ceremonias, las largas procesiones, los cantos armoniosos, el esplendor de los trages, la luz de los candelabros, el olor del incienso, lo que constituía, por decirlo así, toda la religión pagana. Satisfizo á la pasión de los gentiles por sus fiestas, transformándolas en fiestas cristianas (1). La Iglesia fué más lésos. La moral severa de Cris-

(1) Los maniqueos acusaban á los cristianos de haber reproducido todas las ceremonias del paganismo: «Habeis sustituido vuestras agapas á los sacrificios de los paganos, y á sus ídolos vuestros mártires, á quienes servís con votos semejantes. Apaciguais las sombras de los muertos con el vino y las fiestas. Celebrais las fiestas solemnes de los gentiles, sus calendas y solsticios, y en cuanto á sus costumbres, las habeis conservado sin cambiar nada... Nada os distingue del resto de los paganos sino vuestras asambleas» (FAUST., ap. AUGUST., c. *Faust.*, XX, 4). ¿Hasta dónde se extiende lo que los cristianos tomaron del paganismo? La cuestión ha dado lugar á sábias disertaciones. Se han exagerado las analogías, pero son indudables (MOSHEIM, *Dissertat.*, t. I, p. 330 y sig. — GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. I, p. 554).

to espantaba á los paganos más que los atraía; necesitaban de un culto más dulce y de más atractivo. La adoración de la Virgen, que llora con los desgraciados, que intercede por los culpables, convirtió más paganos que el Evangelio. Pero haciendo esta última concesión, la Iglesia tocaba en los límites de la idolatría. Los protestantes acusan á los católicos de haber restablecido el politeísmo con el culto de los mártires. Los defensores de la Iglesia responden que ella nunca ha autorizado este culto. Esto es verdad (1), pero es verdad también, que en las creencias populares los santos no difieren mucho de los dioses del paganismo.

Así, pues, no fué completa la victoria del Evangelio sobre el mundo antiguo. La lucha se terminó por una transacción: el catolicismo no conservó solamente lo que había de verdadero en la antigua sociedad; participó de una parte de sus errores. No por esto acriminaremos á la Iglesia: ha sufrido la suerte de todas las instituciones humanas. Al través de los errores es como avanza la humanidad hácia la verdad. Pero lo que la Iglesia ha tomado del paganismo prueba que no anda acertada en reclamar una descendencia divina. No advierte que sus pretensiones vienen á reducirse á un horrible sacrilegio. En efecto, si la Iglesia es la esposa de Cristo, su culto también debe ser divino; sin embargo, una parte de este culto data de Júpiter y de Apolo. ¡Hé aquí, pues, los dioses del Olimpo en compañía del Hijo de Dios, y participando del privilegio de su divinidad! Las falsas doctrinas se condenan á sí mismas por las falsas consecuencias á que conducen.

(1) Véase la respuesta de AGUSTIN á las acusaciones de los maniqueos (c. *Faust.*, XX, 21; *Serm.*, 273, 3-9; *De Civ. Dei*, VIII, 27).